

Mi primera lengua

Durante un breve periodo de mi niñez el euskara o vascuence fue para mí una lengua completamente normal. Carecía de opiniones sobre ella, y su futuro no me preocupaba. Llamaba a mi padre y a mi madre *atta* y *ama*, igual que llamaba *ebi* a la lluvia y *eguzki* al sol, y a eso se reducía todo, a nombrar personas y cosas con las palabras de siempre. En ese sentido, en nada me distinguía en nada de los niños que en el pasado habían nacido en mi casa, Irazune: también ellos, lo mismo en el siglo XX, que en el XIX o en el XVIII, habían dicho *atta*, *ama*, *ebi* y *eguzki* cuando querían referirse al padre, a la madre, a la lluvia o al sol. Los demás niños de mi pueblo, Asteasu, y muchos más a lo largo y ancho del País Vasco, se encontraban asimismo en ese caso: todos éramos *euskaldunak*, es decir, "gente que posee el euskara".

No era, sin embargo, la única lengua que yo sentía a mi alrededor. Algunos de mis compañeros de juego, las hijas y los hijos de los primeros emigrantes andaluces, hablaban en castellano - *papá*, *mamá*, *lluvia*, *sol*-, y lo mismo hacían el médico del pueblo y los maestros y las maestras; obligatoriamente, éstos últimos, porque uno de los objetivos oficiales de la educación de entonces era, precisamente, el de enseñarnos la segunda lengua. El castellano era, asimismo, lo que sonaba a todo volumen en los enormes aparatos de radio que presidían la taberna principal del pueblo o el taller de las modistas. Al marchar por la calle, llegaban a nuestros oídos suspiros o gritos que decían "¡te amo, Gustavo!" o "¡gol de Puskas!", y con aquellas expresiones íbamos haciendo oído.

Por otra parte, acudíamos con frecuencia a la iglesia, donde parte de los rezos seguían siendo en latín: "*Pater noster*..." A pesar de que lo utilizáramos poco, el latín era importante para nosotros, porque, al ser la lengua de una religión que hablaba de lugares lejanos como Galilea y Babilonia, o de las dulces praderas del cielo, nos resultaba misteriosa; más aún cuando la escuchábamos entre sonidos de órgano o con el perfume del incienso. El latín reforzaba por contraste la normalidad de las otras lenguas, sobre todo de la que más utilizábamos, el euskera. De haberme preguntado alguien si mi primera lengua me parecía importante, no habría entendido la pregunta. Habría respondido que sí lo era, en la medida en que hablar y decir cosas es importante.

Antes de que terminara mi niñez ya era bilingüe, como bilingües eran, igualmente, todos mis compañeros de juego. El castellano avanzaba rápido entre nosotros, gracias a la escuela y, en mayor medida, a la recién estrenada televisión: una cosa era oír los goles de Puskas y otra, mucho más atractiva, verlos -los niños acudíamos en tropel a la taberna cada vez que había partido-; tampoco era lo mismo, ni muchísimo menos, escuchar los suspiros de Gustavo y de su novia que ser testigos de los *flirt* que el galán Roger Moore, "*The Saint*", solía tener con Vanessa o con Samantha, o con las dos.

Además del castellano, la televisión promocionaba otras lenguas. A pesar de que las películas estuviesen dobladas -"Eres adorable, Vanessa"-, la pantalla mostraba carteles y documentos donde se podían leer, y aprender, palabras en inglés como *open*, *wanted* o *I love you*. Por último, uno de aquellos años aparecieron en Asteasu los turistas franceses: llegaban los domingos por la mañana y se dirigían a nosotros con un *s'il vous plait* -- "*S'il vous plait, restaurant, dónde*"--, agradeciendo luego nuestra ayuda con un *merci beaucoup*.

Así pues, cinco eran las lenguas que, hacia 1960, en un pequeño pueblo del País Vasco, nos resultaban más o menos familiares: el euskara, el castellano, el latín, el francés y el inglés. Ignoro en qué medida influyó el hecho en nuestra vida, en la mía y en la de muchos vascos. En todo caso, resulta evidente que nos dio una conciencia lingüística especial; que todos tenemos, bien que de forma amateur o naïf, algo de lingüistas. [...]

En alguno de los años que siguieron a la niñez, mi padre organizó un concurso en casa. Se trataba de confeccionar un cartel como los que solían verse en las fiestas del pueblo y de anunciar allí, no ya una carrera ciclista o una orquesta de baile, sino una demanda: "*Egizu*

euskaraz, arren" -"Habla en vascuence, por favor"- . Preguntamos a nuestro padre para dónde lo quería, y él nos respondió señalando una de las paredes del pasillo de nuestra casa. Se daba cuenta de que cada vez hablábamos más en castellano, lo mismo que otros niños del pueblo; una actitud que llevaría el vascuence a su muerte.

Estaba a las puertas de la tercera lección: además las lenguas podían desaparecer, quedando sus palabras para los museos, como las monedas antiguas que carecen de curso legal. Por desgracia, el vascuence corría ese riesgo. Nuestro padre colgó la obra ganadora - un disco de madera con letras pintadas con purpurina- en el pasillo de la casa, y allí quedó colgada largo tiempo. La situación ha cambiado mucho desde 1980, y no sólo por la autonomía política que el País Vasco logró tras la instauración de la democracia. No se puede poner en duda la apoyo de la gente a la lengua. Los niños y los jóvenes que ahora, tras la generalización del *euskara batua* -lengua literaria común-, dicen *aita* o *euri* en lugar de *atta* o *ebi*, estudian en escuelas o universidades bilingües.

Escribe Chateabriand que en las orillas de los ríos amazónicos podían escucharse palabras de lenguas ya desaparecidas, porque las repetían los papagayos -pájaros que, como se sabe, pueden vivir un siglo-. No es nuestro caso. Quizás no dure nuestra lengua lo que la terca purpurina sobre la madera; pero sobrevivirá a todos los papagayos que ahora andan por el mundo.

Quienes tienen por única lengua el inglés o el español, y también a veces los que proceden de países con una historia marcadamente dramática -tengo en mente algunos países del este de Europa-, suelen extrañarse del apego a la lengua de los vascos, encontrándolo incluso ligeramente absurdo. "¿Por qué es importante que la lengua vasca sobreviva? -me preguntó hace poco una periodista de Estados Unidos-. Dejando aparte su belleza y su originalidad, me refiero", añadió a continuación por no parecer tan *rough*. "Es verdad, queremos conservar nuestra lengua -dije entonces-. Pero no porque sea bonita o antigua, sino por una razón más simple. Piense que se trata de una lengua que conocemos bien y que nos resulta útil en nuestra vida cotidiana".

Como escritor que soy -aunque si no lo fuera daría lo mismo- creo que las lenguas son importantes; todas ellas, también aquellas que hablamos precariamente. Las palabras siempre van asociadas a trozos de vida, y sirven de gran ayuda a la hora de preguntarnos por las personas y por el mundo. Así me ocurre a mí con *atta*, *ama*, *ebi*, *eguzki*, *Pater noster*, *te amo gustavo*, *eres adorable Vanessa*, y con miles de palabras más.

Con todo, hay lenguas que nos marcan más que otras y ocupan un territorio amplio de nuestro espíritu. Es mi caso con el euskara: no porque fue la lengua de mi niñez, ni por llevar consigo -como dicen algunos escritores- una particular visión del mundo -me parece difícil-, sino por razón de su especial historia; una historia dura en la que mi familia, mis amigos, los miembros de mi generación, una tercera parte o más de los vascos, y yo mismo, nos hemos visto implicados.

Bernardo Atxaga.

1.- A partir de la lectura del texto, responda, en su cuaderno, estas preguntas:

- ¿Cuál fue la primera lengua que utilizó el autor del texto?
- ¿Qué palabras de esta lengua destaca en el primer párrafo del texto? ¿Qué significa cada una de ellas en castellano?
- ¿Quiénes son los que hablan castellano en la aldea del autor? ¿A través de qué medio de comunicación adquiere otras palabras de esta lengua?
- ¿Cuál es la tercera lengua con la que el autor entra en contacto en su niñez?
- La televisión y el turismo permiten al autor de este texto conocer lenguas extranjeras, ¿qué dos lenguas se mencionan en el texto?